



Crecimiento turístico y contestación social

Ginés Díaz Pallarés

Jorge Marsá

Explosión turística en la Reserva de la Biosfera

La conveniencia de detener o disminuir el crecimiento turístico es una idea debatida en Lanzarote hace ya bastantes años. Parece formar parte del paisaje social, hasta el punto de que la existencia de ese debate ha llevado a algunos a la conclusión de que la experiencia lanzaroteña es un modelo a exportar o, incluso, de que la propia situación de Lanzarote es un espejo en el que deberían mirarse el resto de las Islas. La realidad, como siempre, tiene escasa relación con lo que se propaga: la masificación turística en Lanzarote se revela superior a la de la media del Archipiélago, tanto si atendemos al territorio como si nos fijamos en la población. En el conjunto de Canarias existen 48 camas turísticas por Km², en Lanzarote ascienden a 71; por cada canario llegan 7,5 turistas al año, por cada lanzaroteño arriban 17,5.

El debate sobre la contención del crecimiento ha tenido dos momentos estelares, los que precedieron a la aprobación del PIOT en 1991 y a la “Moratoria”, aprobada definitivamente el pasado año. La consecuencia más destacable fue idéntica en ambos casos: la explosión de la construcción de alojamientos turísticos en la Isla. El PIOT tuvo su principal virtud en la limitación de la concentración turística a tres enclaves: Puerto del Carmen, Costa Teguise y Playa Blanca. Y su gran defecto fue que no sirvió para contener el crecimiento, pues permitía un incremento de los alojamientos superior al que el mercado ha podido construir hasta hoy.

En Canarias existen 48 camas turísticas por Km², en Lanzarote ascienden a 71; por cada canario llegan 7,5 turistas al año; por cada lanzaroteño arriban 17,5

Por lo que se refiere a la ‘Moratoria’, estamos aún en la etapa de construcción desaforada –aunque ya en su fase descendente– y, por lo tanto, las conclusiones son aún relativamente provisionales. Supone, eso sí, un paso adelante con respecto al PIOT en lo que a la cantidad de camas se refiere, si atendiéramos exclusivamente al número publicitado. Pero las miles de camas aprobadas previamente y la chapuza sobre la construcción residencial en núcleos turísticos abren un gran resquicio por el que van a entrar varios miles de alojamientos. No obstante, la principal debilidad de la ‘Moratoria’ es el escaso respeto por la legalidad de las instituciones insulares. No parece fácil ser optimista sobre el comportamiento de los ayuntamientos a este respecto, ni sobre la voluntad del Cabildo para hacer cumplir su propia legalidad.

La principal debilidad de la ‘Moratoria’ es el escaso respeto por la legalidad de las instituciones insulares

Las medidas arbitradas para contener el crecimiento turístico en Lanzarote no han servido para atenuar el ritmo de la construcción. La cantidad de alojamientos edificados ha sido, exactamente, la que el mercado ha ido asumiendo. Algunas camas tuvieron que cambiar de lugar, pero ni una sola se dejó de construir. Sin embargo, se dice que hoy estamos más cerca del momento en el que sea posible parar, en el que la propaganda ceda paso a la realidad. En nuestra opinión es cierto. También lo es que, probablemente, no era posible parar hasta ahora debido a la ausencia de una mayoría social suficiente. Pero no debemos olvidar que el precio ha sido notable: Lanzarote se ha consolidado como un destino turístico claramente masificado, en el que el llamado ‘turismo de calidad’ es, simplemente, *el sueño de una noche de verano* y la sostenibilidad del desarrollo se ha vuelto aún más precaria.

No fue posible parar

¿Por qué no se ha podido detener ni disminuir el crecimiento? Las responsabilidades son múltiples; la historia no puede resumirse en una confrontación entre buenos y malos. A lo largo de las tres últimas décadas, la economía lanzaroteña dejó de estar sustentada en la agricultura, la pesca y la ganadería para pasar a depender completamente del turismo; la sociedad lanzaroteña dejó atrás la pobreza y se instaló en la riqueza. Este proceso ha tenido lugar –no podía ser de otra manera– con el apoyo de la inmensa mayoría de la sociedad. El sector social contrario a la excesiva dependencia del turismo y a las consecuencias de un crecimiento desmesurado fue insignificante durante la década de los setenta, aumentó, con el crecimiento, en la década de los ochenta, y se hizo ya importante con el estallido de la construcción a finales de los noventa.

En estos últimos años las encuestas revelan que el 80% de la población insular se muestra partidario de la detención o ralentización del crecimiento turístico. Y apenas hay alguien que sea proclive a que el crecimiento continúe al ritmo que el mercado imponga. A pesar de lo cual, en la Isla se ha producido en los últimos tres años una increíble aceleración del crecimiento de los alojamientos turísticos. ¿Cómo es posible que haya sucedido precisamente en una sociedad que se pronuncia tan abrumadoramente en contra?

La mayor responsabilidad por la explosión de la construcción turística de estos tres últimos años recae sobre el equipo formado por ASOLAN y Coalición Canaria. Desde el primer momento, su batalla contra la ‘moratoria’ fue directa y de calado; las declaraciones sobre su apoyo a otras formas de detener el crecimiento eran mera propaganda para contrarrestar la impopularidad de sus posiciones. Recientemente, este sector ha recurrido a denunciar la ‘conspiración’ contra el municipio de Yaiza. No es una cuestión de conspiraciones ni conjuras: durante este período un sector del empresario canario, con el apoyo de CC, ha tratado de boicotear cualquier intento de contener el crecimiento que perjudicara sus expectativas de negocio en Playa Blanca. Y esta actuación ha sido defendida por quienes –como Rafael Lasso o el alcalde de Yaiza– no han tenido empacho en, a la vez que hablaban de desarrollo sostenible, reconocer que proponían un crecimiento de unas quince mil camas turísticas en Playa Blanca con el fin de alcanzar la masa crítica necesaria para que fueran rentables los servicios complementarios que, en su opinión, requiere un destino turístico de ‘calidad’.

La nueva actuación de este equipo político-empresarial al defender la propuesta más grave que se ha hecho últimamente contra la sostenibilidad del desarrollo lanzaroteño, la ampliación del puerto de Playa Blanca, vuelve a revelar su apuesta por el crecimiento. La supeditación de CC a los intereses de este sector empresarial está originando una crisis en este partido, al ir percibiendo la opinión pública que CC se ha constituido en el principal escollo para la detención del crecimiento en el ámbito de la política insular.

Desde una posición mucho más silenciosa y, por lo tanto, con menor repercusión social, el PIL ha tratado de impedir que la contención del crecimiento afectara al municipio de Tegui, necesitado de las entradas económicas que las licencias proporcionan ante la descomunal deuda contraída como consecuencia de las alegrías populistas de muchos años. No obstante, los efectos han sido más leves porque se producen en un municipio cuyas expectativas de

Lanzarote se ha consolidado como un destino turístico claramente masificado, en el que llamado ‘turismo de calidad’ es ‘el sueño de una noche de verano’

crecimiento no pueden ser ya tan elevadas como las de Yaiza. También parece posible pensar que haya influido, tanto en su menor responsabilidad como en su discreción pública en esta contienda, un mayor *olfato* político para apreciar la creciente oposición de buena parte de la población a la continuidad del crecimiento.

La actuación del PSOE no tiene tanta relación con la obtención de licencias, pues el municipio que gobierna tiene casi agotadas sus expectativas de crecimiento. En Tías, el Ayuntamiento y ASOLAN se han dado por satisfechos con las camas necesarias para rentabilizar el campo de golf previsto. Sin embargo, el PSOE, que no tuvo inconveniente en hacer su campaña electoral del 99 con la 'Moratoria' por bandera, está obligado a responsabilizarse de las funestas consecuencias provocadas por la forma en que se arbitró la medida. El problema fundamental de la 'Moratoria' no es tanto que, en realidad, no lo fuera, como que se anunciara durante meses, alertando a todos los propietarios de suelo sobre la urgencia de consolidar sus derechos solicitando nuevas licencias de construcción. Esta chapuza ha colaborado decisivamente a la explosión de la construcción que vive Lanzarote, y no puede alegarse ignorancia o inexperiencia, pues se ha reproducido la experiencia del PIOT.

Esa responsabilidad debe ser compartida por el equipo técnico que elaboró la *Estrategia Lanzarote en la Biosfera*, cuya 'medida estrella' era la 'Moratoria'. Técnicos que se consideran tan cualificados tendrían que haber previsto esa explosión en la solicitud de licencias y, por lo tanto, haberla evitado. Menor importancia tienen las erróneas previsiones que realizaron sobre un futuro insular que, en su opinión, permitía una cierta continuación del crecimiento o la aceptación de miles de camas residenciales que hoy ya se reconoce que acabarán en su mayoría en el mercado turístico.

Algunos son partidarios de acabar aquí: las responsabilidades son siempre de los grandes empresarios y de los políticos; el *pobre pueblo*, simplemente, sufre las consecuencias. No compartimos esa perspectiva tan simple. En nuestra opinión, la mayoría de la sociedad lanzaroteña dio la bienvenida al crecimiento turístico que permitía abandonar la pobreza. Los partidarios de parar han constituido durante años una minoría; si bien es cierto que una minoría creciente. Además, cualquier análisis de la sociedad debe partir de la premisa de que los miembros que la componen no son deficientes mentales. Es curioso que, en ocasiones, quienes más abogan por la participación social sean los que más hincapié hacen en la manipulación de los ciudadanos por el 'poder' y los medios de comunica-

¿Cómo es posible esta explosión del crecimiento en una sociedad que se pronuncia tan abrumadoramente en contra?

ción. Y si los ciudadanos resultan tan fácilmente manipulables, parece poco razonable tanto énfasis en su participación en la gestión de la cosa pública. Por otra parte, esa visión revela un elitismo desmedido: la mayoría, ignorante, es manipulada; ‘nosotros’, inteligentes, nos damos cuenta y lo denunciamos.

Insistimos en la necesidad de reconocer a los lanzaroteños su mayoría de edad y la inteligencia suficiente, pues una conclusión diferente nos trasladaría a derroteros escasamente democráticos. Y la mayoría de los lanzaroteños ha elegido durante años que la prioridad era crear riqueza, y que esa riqueza la producía la industria turística. Es cierto que el voto cada cuatro años no colma las aspiraciones de participación democrática de muchas personas, pero también lo es que el voto no debe ser minusvalorado. Y durante años se ha estado votando a los responsables políticos de impulsar el crecimiento, a veces más cuanto más corruptos. Hasta el punto de que en Lanzarote, desde hace muchos años, las únicas instituciones a las que los ciudadanos conceden mayorías absolutas y reiteradas son los tres ayuntamientos turísticos de la Isla. El crecimiento turístico y las licencias de construcción –y no los candidatos, que han cambiado– han constituido la única garantía de que el apoyo ciudadano fuera mayoritario y constante.

El desarrollo sostenible: una apropiación indebida

Como se ha dicho tantas veces, el número de alojamientos turísticos no es la única característica de la insostenibilidad insular; el desarrollo necesita de serias correcciones en otros aspectos. En Lanzarote el término *desarrollo sostenible* se ha desgastado de tanto usarlo. Y se llega a hablar en ocasiones de la necesidad de *profundizar* en el desarrollo sostenible, como si se calificara una situación ya existente.

Sin embargo, la realidad es justamente la contraria: Lanzarote es un claro paradigma del crecimiento insostenible que caracteriza a las sociedades ricas del planeta. La creencia en que aquí se ha hecho mejor que en las otras Islas no resiste un análisis serio de lo realizado. Lanzarote es, junto a Fuerteventura, la Isla canaria con una situación más insostenible, si consideramos los aspectos ecológicos que deberían acompañar al desarrollo económico. Además, en Lanzarote no se ha tomado jamás ninguna medida o se ha practicado actuación que tenga relación con el desarrollo sostenible. En ninguno de los *sectores ambientales clave* –energía, agua, transportes o residuos–, existe indicio alguno que diferencie nuestra situación de la que se debe calificar como crecimiento insostenible.

La mayoría de la sociedad lanzaroteña dio la bienvenida al crecimiento turístico que permitía abandonar la pobreza

El crecimiento turístico y las licencias han constituido la única garantía de que el apoyo ciudadano fuera mayoritario y constante

En cuanto a los ecosistemas y la biodiversidad insular, su estado delata la calidad de las actuaciones.

¿De dónde ha surgido entonces esa desmesurada afición a la utilización demagógica del término desarrollo sostenible en la Isla? Por una parte, producto de la conciencia de la insostenibilidad del modelo lanzaroteño: las apelaciones al desarrollo sostenible indican justamente de lo que carecemos. Por otra, la preocupación de la mayor parte de la sociedad por la imagen turística nos lleva a ofrecer lo que sabemos que sectores importantes de nuestros mercados turísticos están deseando escuchar. Y por último, una estrecha visión del desarrollo sostenible que pone el acento en la cosmética, tan sólo en el cuidado del paisaje y en que la construcción no se eleve y esté bien ajardinada.

Los grandes paradigmas de la sostenibilidad lanzaroteña han sido los programas complementarios del PIOT y de la *Estrategia Lanzarote en la Biosfera*. Pero lo cierto es que esos programas, que a pesar de sus limitaciones trataban de ir más allá de la cosmética, sólo han cumplido el papel de folleto propagandístico hacia afuera y hacia adentro. Jamás ninguno se ha desarrollado. En la industria turística la conducta ha sido la misma, alumbrando chistes ‘sostenibles’ como los *Biohoteles*. Estas actuaciones, unidas a la declaración de la Isla como Reserva de la Biosfera han servido para vender una imagen de Lanzarote completamente alejada de la insostenible realidad. Mientras hablamos de contener el crecimiento, la Isla experimenta una auténtica explosión de la construcción. Mientras la preocupación porque nuestras construcciones estén todas pintadas de blanco se extiende, la mayoría de los municipios carecen incluso de normas urbanísticas. Mientras nos dedicamos a decorar los bordes de las carreteras, el transporte público continúa siendo una utopía. Mientras hablamos de nuestro cuidado paisaje, ninguno de los espacios naturales tiene siquiera su plan de uso y gestión. Mientras hablamos de nuestra biodiversidad única, *desmontamos* la Unidad de Medioambiente encargada de cuidarla. Mientras nos referimos a la contaminación de los otros, aumenta la nuestra, producto del desmesurado incremento del consumo energético, del tráfico aéreo, de los vertidos incontrolados y de los residuos sin reciclar. Mientras hablamos de la cultura del agua, la fabricamos con petróleo y la despilfarramos como nunca. En resumen, mientras hablamos de desarrollo sostenible, nos esforzamos para que no decaiga el crecimiento insostenible.

El proceso comienza en Canarias

El debate sobre el crecimiento turístico ha comenzado, por fin, a tener consecuencias prácticas en el resto de Canarias. Es cierto que ha empezado de la misma forma chapucera y demagógica con que lo hizo en Lanzarote. De nuevo, se ha llamado ‘moratoria’ a una medida que en absoluto impide el crecimiento turístico, de nuevo ha sido acompañada por la explosión de la solicitud de licencias de construcción, y de nuevo hemos escuchado la misma cantinela sobre el desarrollo sostenible.

Ahora bien, las respuestas a las medidas del Gobierno canario en Lanzarote, y el contraste con las producidas en las otras Islas, dan la razón a quienes sostienen que esta Isla se encuentra más preparada para afrontar de una vez la detención del crecimiento turístico. Al margen de la lógica adulación del tándem ASOLAN-CC a las medidas arbitradas, casi todo el mundo en Lanzarote es consciente de que las aspiraciones de la sociedad insular se encuentran bastante más allá de esta nueva chapuza.

No resulta muy aventurado pronosticar que en el resto del Archipiélago el debate y las actuaciones van a ser similares a las que se produjeron en Lanzarote en el pasado, mientras que aquí la pretensión de ir un paso más allá alimenta las esperanzas de un sector significativo de la sociedad. Y no creemos que esas esperanzas sean, ahora, desmesuradas: el debate en Canarias, las medidas del Gobierno y la presión social en la Isla deberían plasmarse en soluciones jurídicas a nivel autonómico que permitan detener el crecimiento. Porque el objetivo de que no se construya ‘ni una cama más’ en Lanzarote se va asumiendo –quizá por primera vez– por la mayoría de la sociedad. De hecho, los sectores más dinámicos comienzan a anticipar los dos pasos siguientes: la disminución del parque alojativo y el freno a las nuevas formas de colonización del territorio que se presentan bajo la etiqueta del ‘turismo de calidad’.

La nueva estrategia turística

La posibilidad de parar en Lanzarote es real, incluso los más ávidos empresarios son conscientes de que resulta imposible ofrecer a la sociedad lanzaroteña un modelo basado en el crecimiento cuantitativo de la oferta alojativa. La consecuencia ha sido la creación de un nuevo paradigma que permita continuar la expansión territorial de la industria turística: el ‘turismo de calidad’ es ahora –y lo será en los próximos tiempos– la justificación obligada.

Este artículo no pretende abordar con profundidad ese debate. Pero conviene decir que si por ‘turismo de calidad’ se entiende lo que

En Lanzarote no se ha tomado jamás ninguna medida o se ha practicado actuación que tenga relación con el desarrollo sostenible

quieren que entendamos, es decir, que dejen de venir a la Isla turísticas de clase obrera y a cambio recibamos a gentes de dinero, entonces nos están proponiendo un imposible. No se puede masificar turísticamente el territorio y pretender después que los visitantes no perciban esa masificación. Los ricos –salvo los horteras del mundo del espectáculo– buscan sitios ‘diferentes’ a los que ir; y ‘diferentes’ quiere decir que no tengan que coincidir con 70.000 turistas en 845 Km². Bien es cierto que entre ricos y obreros existe una importante franja social intermedia en los países europeos; pero cuanto más arriba están en esa franja más les ocurre lo mismo: les molesta tener que hacer una cola del quince para poder meterse en una guagua y que les enseñen Timanfaya.

Así que la ‘calidad’ de los turistas debería ser objeto de un análisis serio y reposado. Aunque parece obvio que los interesados en esos parques temáticos de los que se habla en Lanzarote serían los de menor ‘calidad’, pues las dimensiones del mercado no permiten competir con los grandes parques temáticos que se construyen por el mundo.

Respecto a la fiebre del golf, convendría, lo primero, recordar que en la Isla existe un campo y, después, comprobar que nunca ha habido bofetadas por utilizarlo. El argumento de que hacen falta media docena de campos para que la cosa funcione recuerda al de Playa Blanca: necesitamos 20.000 camas para conseguir ‘turismo de calidad’. Convendría ir a Andalucía y ver lo que ocurre con la teoría de la media docena, observar la cantidad de campos de golf construidos e infrautilizados en aquella comunidad. Tampoco parece muy inteligente que toda la estrategia turística consista en hacer exactamente lo mismo que ya se han planteado la mayoría de los destinos turísticos. Además, va a resultar un poco duro contarles a los alemanes que la excelencia del desarrollo sostenible consiste en llenar el desierto de césped para regodeo de unos pocos. Aunque, en realidad, la discusión debería ser otra: si el golf es la solución mágica, estarán ustedes de acuerdo en que el campo por sí mismo tiene que ser rentable, por lo tanto, la construcción turística o residencial aneja no resulta imprescindible. Y si no les dejamos edificar los alojamientos, ¿cuántos campos de golf se construirían?

Las nuevas modalidades turísticas que se proponen tienen una característica común: consumen una enorme cantidad de territorio, de ese territorio que se califica tan a menudo como frágil y escaso. Una de las formas de consumir territorio, y acabar con la virtud fundamental del PIOT, es extender el turismo por toda la Isla. Esa

*Va a resultar
duro contarles a
los alemanes
que la
excelencia del
desarrollo
sostenible
consiste en
llenar el
desierto de
césped para
regodeo de
unos pocos*

sería la consecuencia obvia de la propagación del turismo rural que se propone entre las ofertas de 'calidad'.

La última de las propuestas de 'calidad' se refiere a los puertos deportivos, actuaciones dirigidas al territorio más demandado: el litoral. Se ha comentado últimamente que apenas se han concedido autorizaciones para la construcción de puertos deportivos en los últimos años. Puesto que no nos encontramos en un país que se caracterice por su respeto al medioambiente, resulta obligado pensar que las consecuencias de estos puertos deben ser de consideración. Si no fuera así, la única explicación sería que nadie los pide porque no son negocio. En realidad, lo son; no tanto en sí mismos, como por la cualificación que añaden a los alojamientos que se construyen a su alrededor. Esa es la causa de que puertos deportivos y masificación turística sean compañeros prácticamente inseparables. Esa es la causa de que en Lanzarote se intente construir un puerto deportivo en Berrugo, entre las miles de camas que se edifican en Playa en Blanca, y se destroce el litoral, en lugar de hacerlo en Puerto Naos, donde su construcción aparejaría, al contrario, una cierta mejora de un litoral muy deteriorado.

Existe una forma de 'turismo de calidad' evidente y cuyos resultados están contrastados y asegurados: la disminución de la oferta alojativa, pues disminuyendo la oferta suben los precios. Pero suben todos, no sólo los de las escasas plazas asociadas a costosas ofertas de ocio. Y si suben todos, los beneficios para la economía son seguros e infinitamente más importantes que los que hipotéticamente podrían producir los modelos que se plantean. Además, esta forma de 'cualificar' el turismo es, casualmente, la única que podría considerarse compatible con el desarrollo sostenible.

El espacio de la contestación

A pesar de todo lo escrito hasta aquí, se dice que en Lanzarote existe una conciencia de la crisis ecológica y de la necesidad de detener el crecimiento turístico entre la población claramente superior a la del resto del Archipiélago y a la de no pocos lugares de la Península. También se sostiene que esa conciencia –más preocupada por el crecimiento turístico que por la crisis ecológica– ha alumbrado una cierta riqueza asociativa en la sociedad insular. Nos parece cierto; y no creemos que resulte contradictorio con la insostenibilidad radical del modelo lanzaroteño.

Esa insostenibilidad es tan evidente que constituye la primera explicación a la existencia de esa conciencia y esos colectivos sociales. La segunda es que el propio movimiento por la detención

Mientras hablamos de contener el crecimiento, la Isla experimenta una auténtica explosión de la construcción

del crecimiento que, aunque minoritario, ha sido una constante desde hace veinte años, ha contribuido también a conformar la sociedad. En este terreno, destacan nombres propios como el de Manrique o colectivos como El Guincho. En tercer lugar, los procesos abiertos desde el poder político –PIOT y ‘Moratoria’– han alimentado la conciencia, y la discusión de los programas complementarios ha servido para enriquecer a la sociedad y ampliar el bagaje de los sectores más comprometidos; el propio fracaso de las actuaciones contribuye a acentuar la sensibilidad, pues la realidad revela la ausencia de una auténtica voluntad de afrontar una transformación que, previamente, se ha demostrado imprescindible.

El debate en Canarias, las medidas del Gobierno y la presión social en la Isla deberían plasmarse en soluciones jurídicas a nivel autonómico que permitan detener el crecimiento

Sin embargo, estos colectivos nunca han sido suficientemente fuertes como para detener la deriva populista de los cuatro partidos con representación institucional significativa, que se ha convertido prácticamente en la norma de actuación desde hace ya unos tres lustros. Además, la obsesión de estos políticos por el control social ha convertido a ciertos colectivos en meros apéndices de la política de partido, y ha logrado que las disensiones en el espacio asociativo sean, en no pocas ocasiones, reflejo de la lucha entre los partidos por el espacio electoral y mediático. También tiene su importancia el que algunos miembros significativos de los colectivos hayan terminado trabajando para la administración, diluyendo su compromiso social ante la dificultad que siempre acarrea compaginar el trabajo institucional con las visiones alternativas. Este conjunto explica que nunca se haya producido la *conexión* entre el espacio alternativo y un sector de la política institucional, que suele ser la mecha de la transformación social. Un síntoma tanto de que la fortaleza del sector alternativo no es excesiva como de la escasez de luces de la actuación política.

El Foro Lanzarote

En el ámbito de los movimientos sociales, el acontecimiento más importante de los últimos tiempos ha sido el Foro Lanzarote, que ha sabido asociar los esfuerzos de gentes diversas y centrarlos en un asunto concreto: el puerto deportivo de Berrugo, donde se conjugan dos de los grandes problemas a los que nos hemos referido: la masificación turística tradicional –ahora en Playa Blanca– y las nuevas fórmulas propuestas bajo la denominación de ‘turismo de calidad’. Además, nos encontramos ante una intervención cuyos propietarios son los conocidos representantes del sector empresarial que más esfuerzos ha hecho para impedir que se detenga el crecimiento turístico. Puede decirse, si dejamos a un lado los abalorios

identitarios, que el Foro ha escogido con acierto el núcleo de su actividad –aunque no conviene olvidar que el principal problema para el futuro desarrollo insular lo constituye la propuesta de ampliación del puerto de Playa Blanca–.

Y sobre ese núcleo, ha sabido armar una contestación, orientada sobre todo a los medios de comunicación, cuyos resultados han sido ciertamente notables. Con una participación no muy numerosa (en Berrugo nunca se concentraron más de 250 personas –que no es poco– y el resto de las actuaciones las llevaron a cabo pequeños grupos), han sido capaces de obtener un eco en los medios y, en consecuencia, una presencia social muy significativa, que además ha contribuido, lógicamente, a consolidar el propio Foro.

Debemos felicitarlos por la aparición de este movimiento; no obstante, sus actuaciones vienen acompañadas, en ocasiones, de algunas actitudes que, en nuestra opinión, resultan inquietantes para el fortalecimiento del sector crítico o alternativo de la sociedad insular. Sin ánimo de ser exhaustivos, trataremos de describir algunos de esos aspectos que a veces alimentan nuestra preocupación.

Populismo. Hablamos de una forma de hacer política que, en resumen, consiste en formular las posiciones propias como si lo fueran del conjunto de la sociedad, cuya diversidad trata de eludirse al transformarla en algo más orgánico, más manejable, en *pueblo*. En algunos momentos el Foro se arroga esa representación del *pueblo*: “que nuestros gobernantes escuchen la voz del *pueblo*, de los que aquí estamos”, decían en la proclama de la manifestación del 29 de diciembre, leída a unos mil lanzaroteños de los 105.000 que residen en la Isla. Manifestación que, aseguraban, “refleja una parte de la gran fractura social que existe entre el *pueblo llano* y ellos” (los gobernantes). Esta actitud, típicamente antidemocrática, que pretende representar las ‘auténticas’ aspiraciones del *pueblo* –o en un populismo más de ‘descamisados’ del *pueblo llano*– se revela además contradictoria con la pretensión de ocupar un espacio social radical y alternativo, es decir, minoritario. Difícilmente los radicales, los antisistema, representarán las ambiciones de la mayoría de la sociedad, especialmente cuando hablamos de una sociedad rica y bastante satisfecha. Tiene razón el Foro al denunciar que no es de recibo que a quienes pretenden participar en la construcción social se les conteste desde las instituciones con la frase: “preséntese usted a las elecciones”. Pero una cosa es participar y otra, muy distinta, pretender representar al *pueblo*, a la mayoría de la sociedad, para lo cual sí parece imprescindible presentarse a las elecciones.

La única forma de ‘turismo de calidad’ cuyos resultados están asegurados es la disminución de la oferta alojativa, pues provocan la subida de los precios

Nunca se ha producido la 'conexión' entre el espacio alternativo y un sector de la política institucional, que suele ser la mecha de la transformación social

Los medios de comunicación. El Foro ha planteado la campaña de Berrugo claramente orientada hacia los medios de comunicación, como decíamos; sin embargo, su análisis de los medios no sobresale por su brillantez: “no es nada nuevo que la historia de los medios de comunicación es la historia de las clases dominantes por transmitir la realidad virtual que le viene bien a sus intereses económicos”. No vamos, ahora, a tratar de discutir una visión tan simplista de los medios; pero sí resulta obligado resaltar la contradicción que supone catalogar a los medios como lacayos al servicio del capital y, luego, quejarse porque no amplifican las luchas contra ese capital. A veces parece que los radicales se niegan a asumir las consecuencias de la radicalidad que predicán. Por otra parte, dada la proyección obtenida por el Foro, sostener que ha existido una “una censura... de la que el franquismo se sentiría orgulloso” indica una notable falta de memoria sobre lo que fue el franquismo.

Victimismo. El portavoz del Foro nos decía un día: “algo hay que hacer por este *pobre pueblo*”. No hay que pensar mucho para ver que si existe una característica clara de este *pueblo* es su riqueza. Basta con echar un vistazo al planeta y a cómo viven sus 6.000 millones de habitantes para comprobarlo. Como hemos dicho, una parte, mayoritaria, de la sociedad lanzaroteña ha participado y se ha beneficiado del crecimiento económico reciente –lo que es para felicitarse–. La historia de Lanzarote, vista como el resultado de la manipulación del *pobre pueblo* por cuatro empresarios y políticos es, simplemente, una distorsión de la realidad producida por los prejuicios ideológicos. Los lanzaroteños no son víctimas sino, muy al contrario, grandes beneficiarios de un proceso económico que han apoyado. Por supuesto, el reparto de la riqueza generada ha sido desigual; pero las víctimas de hoy en esta Isla tienen casi todas una característica común: no han nacido en Lanzarote.

La inmigración. La conjunción de populismo y victimismo, más la obsesión identitaria, han hecho posible que sectores del Foro fueran más comprensivos con el impresentable comportamiento de algunos de ‘los nuestros’ que solidarios con los más necesitados, los inmigrantes. De hecho, el texto del Foro que convocaba a la manifestación de diciembre pasado comenzaba destacando en primer lugar el fenómeno de la inmigración, falseando, además, los datos reales. Porque es falso que “la población residente de la Isla se haya doblado en apenas 10 años”. Falso también que lo sucedido en Lanzarote sea “un *inaudito* fenómeno de crecimiento demográfico propio de las economías de burbuja: crecen rápida-

mente y acaban explotando”. En primer lugar, el fenómeno se ha repetido tantas veces, y con la misma o mayor intensidad, que es mucho más frecuente que *inaudito*; y en segundo término, parece que las economías que crecen tan rápidamente, acompañadas de fuertes incrementos poblacionales, no sólo no *acaban explotando*, sino que prácticamente todas se han consolidado.

Catastrofismo. Claro que ésta no ha sido, ni mucho menos, la única de las exageraciones cometidas con el objetivo de dramatizar la situación de la sociedad lanzaroteña. También es rotundamente falso que “en apenas 20 años [Lanzarote] se ha colocado a la cabeza mundial en la relación coches/habitantes, en densidad de carreteras asfaltadas o en consumo de agua y energía”. Es cierto que el modelo de crecimiento lanzaroteño muestra claramente su insostenibilidad ecológica, pero parece excesivo sostener que la consecuencia “de esta dinámica de crecimiento es que podemos llegar a pasar hambre”. La caracterización psicológica de la población lanzaroteña resulta asombrosa: “vivimos con una competitividad enfermiza, desconfiamos hasta de nuestra sombra, necesitamos de terapias, gurús o tranquilizantes para poder dormir...”, situación que provoca “altísimos índices de enfermos mentales y suicidios”. Problemas no faltan, pero no parece que la situación de la población insular se aproxime mucho a este apocalipsis.

Los prejuicios ideológicos. Marx llamaba falsa consciencia a la ideología, a los prejuicios con los que se trata de encasillar o reconstruir la realidad para que se amolde a una construcción ideológica previa. En los ejemplos anteriores hemos podido observar cómo funciona esa deformación de la realidad: comienza por empobrecer el análisis de la sociedad y acaba haciéndolo con las luchas por transformarla. Llega un momento en que un par de frases demagógicas medianamente hiladas sustituyen cualquier análisis comprensible o racional. Veamos un ejemplo: “¿Qué es turismo de calidad?: con el beneplácito de nuestros dirigentes políticos, la avaricia de unos pocos ricos por seguir llenándose el bolsillo ha decidido que este territorio sea robado al *pueblo* y se destine para su disfrute privado y exclusivo”. Si el primer paso para transformar una realidad es comprenderla lo mejor posible, está claro que éste no es el camino para explicarle a alguien “¿qué es el turismo de calidad?” La realidad se aleja, se esconde tras esa falta de rigor en el análisis, tras los prejuicios ideológicos que impiden comprenderla.

Sectarismo. No son pocos quienes piensan que sus creencias, su ideología, garantizan su razón. Y el que no comparte esa razón

En el ámbito de los movimientos sociales, el acontecimiento más importante de los últimos tiempos ha sido el Foro Lanzarote

queda estigmatizado, convertido en enemigo. El intento de reconstruir la historia para eliminar los rastros de la discrepancia y del discrepante constituye una manifestación típica de este fenómeno. El portavoz del Foro ha tratado, por ejemplo, de apropiarse del terreno de la contestación al crecimiento con tal exclusividad que está construyendo su relato del pasado con el objetivo de eliminar el rastro de El Guincho de la historia reciente (*Canarias7*, 29 de diciembre de 2000). Y es que el sectarismo genera siempre una notable cortedad de miras, en este caso incomprensible por cuanto que quienes dirigen el Foro son las mismas personas que lideran hoy El Guincho.

Las actuaciones del Foro vienen acompañadas, en ocasiones, de algunas actitudes que resultan inquietantes para el fortalecimiento del sector crítico de la sociedad

Lo mismo ocurre con la obsesión que parecen sufrir ciertos integrantes del Foro con la figura de Enrique Pérez Parrilla, encarnación de todos los males posibles. Es cierto que sus responsabilidades en los resultados prácticos de la implementación del PIOT o de la ‘Moratoria’ son obvias, pero ¿es mayor la responsabilidad de quien impulsó ambos procesos que la de quienes se han estado oponiendo a cualquier forma de limitar el crecimiento? Transformar al presidente del Cabildo en el malo de la película es una evidente muestra de sectarismo, que indica una clara manipulación de la realidad para acomodarla a ciertas preferencias ideológicas o partidarias. Comienza a resultar preocupante la diferencia en las críticas y en los comportamientos del Foro según se dirijan a los partidos nacionalistas o a los que no se definen de esa forma.

Creemos que este conjunto de problemas, especialmente el sectarismo, la creencia en que sólo ‘nosotros’ representamos la auténtica contestación, ha llevado al Foro, después de una acertada campaña, a cometer un grave error de bulto: la convocatoria en solitario de la manifestación contra el crecimiento turístico que tuvo lugar el 29 de diciembre pasado. La manifestación fue, en nuestra opinión, un fracaso. Fueran unas mil personas –como parece que fueron– o dos mil como sostiene el Foro, la asistencia estuvo muy por debajo de la posible. La repercusión del acto ha sido escasa, en un momento en que en Lanzarote era factible organizar una manifestación realmente sonada, con el objetivo de demandar medidas legislativas del parlamento canario que permitan detener el crecimiento. Hubiera hecho falta una convocatoria más unitaria, más elaborada, aunque hubiera requerido más tiempo. El Foro prefirió actuar en solitario; si el objetivo era ocupar el espacio social de la contestación, la manifestación constituyó un éxito, pero si se trataba de avanzar hacia la contención del crecimiento, fue un fracaso.

La existencia del Foro Lanzarote constituye un acontecimiento importante, pero para fortalecer y enriquecer el espacio alternativo en la Isla parece necesario, es al menos nuestra opinión, revisar algunos comportamientos y actitudes. Aunque es lícito que otros prefieran, a su juicio, estar solos que mal acompañados. La exclusión de los disidentes ha sido una notable constante de muchos movimientos de la izquierda radical, una de las tradiciones de las que se alimenta el Foro y algunos de nosotros.

Para terminar

Ahora bien, la intransigencia en las posiciones propias no es propiedad exclusiva de ninguna corriente; se manifiesta transversalmente en el ámbito social y se encarna personalmente. El Foro Lanzarote podría afirmar, con razón, que el proceso que se inició con la *Estrategia Lanzarote en la Biosfera*, y que provocó el nacimiento del Foro, comenzó con una llamada a la participación y al debate por parte de sus impulsores y que, cuando algunos trataron de participar, la contestación fue ignorar o despreciar las posiciones que discrepaban de la propuesta.

Efectivamente, el sector que pensó que el camino ofrecido por la *Estrategia* era el único viable, se caracterizó también por su incapacidad para asumir las críticas y por su posicionamiento partidista. El equipo técnico de la *Estrategia*, AETUR, Ciudadanos por Arrecife... creyeron que la única garantía para ralentizar el crecimiento pasaba por la victoria electoral de Enrique Pérez Parrilla. Así que trataron de llevar a los colectivos sociales a un terreno que no pusiera en peligro ese objetivo. Por ello, críticas extensas y bien argumentadas –lo que no garantiza el acierto– como la de El Guincho quedaron sin contestación, o fueron despreciadas como ataques personales o actitudes que facilitaban la victoria del ‘enemigo’. El posibilismo de este sector ha quedado en entredicho por la explosión de la construcción y por el hecho de que ninguno de los programas de la *Estrategia* se haya puesto en práctica, además de contribuir en aquel momento a ensanchar la brecha que distancia al sector crítico.

Tampoco podría sostenerse que entre las personas que hemos pretendido situarnos entre ambos sectores primen los aciertos, ni que esa ambición de equidistancia proporcione garantía de una mejor comprensión de la situación. Por lo que respecta a quienes firmamos este texto, los resultados revelan que nuestra torpeza o nuestras limitaciones para analizar lo que ocurría han estado claramente por encima de nuestros aciertos. No supimos contribuir a tender

El Foro prefirió convocar la manifestación en solitario; si el objetivo era ocupar el espacio de la contestación, fue un éxito, pero si se trataba de parar, fue un fracaso

Sólo el debate y el pacto pueden corregir los errores cometidos y los que seguiremos cometiendo, porque no se trata de tener razón, sino de transformar la sociedad

puentes entre las distintas posiciones ni siquiera colaborar a estrechar un poco la grieta que se abrió entre quienes tratábamos de detener el crecimiento. Y es muy posible, también, que añadiéramos nuestro grano de arena tanto para que algunos viejos compañeros de viaje asistieran a los recientes actos de la batalla por parar desde la barrera como para que otros nuevos no se sumaran a ella. Por lo tanto, es obvio que no podemos ofrecer 'la solución', tan sólo nuestra personal reflexión sobre el estado de la cuestión, esperando que pueda unirse a otras para colaborar a esclarecer el futuro próximo.

Tienen razón también las gentes del Foro al negar que la solución a la fractura sea, como algunos parecen proponer, asumir 'lo que hay', fijarnos en lo que nos une y dejar lo que nos separa para el día del juicio final. Creemos que la recomposición de una cierta unidad de acción del movimiento social no es una cuestión de consenso. Se trata más bien de analizar con rigor la experiencia reciente, de que cada uno argumente sus posiciones, y las consolide si así lo cree conveniente; y desde esas posiciones ser capaces de debatir y de llegar a acuerdos de actuación concretos, que no obliguen a nadie a violentar sus principios fundacionales. Es la cultura del pacto, no del consenso, la que necesitamos para avanzar, porque el pacto entre iguales es la esencia de una cultura democrática basada en la diversidad de las posturas en el seno de la sociedad. Sólo el debate y la obligación de pactar pueden corregir los errores que cada uno hemos cometido y que seguiremos cometiendo, porque no se trata de tener razón, sino de transformar la sociedad.

Queremos terminar anticipando un reproche que seguramente recibirán estas últimas líneas: que las críticas a los movimientos sociales contribuyen al debilitamiento de la contestación. Nunca nos ha parecido acertada la pretensión de la que la ropa sucia se lave exclusivamente en casa. No compartimos la idea de que la participación, la transparencia y el debate público son aspiraciones dignas cuando se exigen a los del campo contrario, pero constituyen una traición cuando se practican en el propio.